Domingo 4 (C) del tiempo ordinario

Texto del Evangelio (*Lc* 4,21-30): En aquel tiempo, Jesús comenzó a decir en la sinagoga: «Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy» (...). Y decían: «¿No es éste el hijo de José?». Él les dijo: «Seguramente me vais a decir el refrán: 'Médico, cúrate a ti mismo'. Todo lo que hemos oído que ha sucedido en Cafarnaúm, hazlo también aquí en tu patria». Y añadió: «En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su patria (...)». Oyendo estas cosas, todos los de la sinagoga se llenaron de ira; y, levantándose, le arrojaron fuera de la ciudad (...).

El hombre Jesús de Nazaret es la "transparencia" de Dios

REDACCIÓN evangeli.net (elaborado a partir de textos de Benedicto XVI)
(Città del Vaticano, Vaticano)

Hoy, al estupor de sus conciudadanos, que se escandalizan, corresponde el asombro de Jesús. Aunque sabe que ningún profeta es bien recibido en su patria, sin embargo la cerrazón de corazón de su gente le resulta oscura, impenetrable: ¿Por qué no se abren a la bondad de Dios, que quiso compartir nuestra humanidad?

El hombre Jesús de Nazaret es la "transparencia" de Dios; en Él Dios habita plenamente. Y mientras nosotros siempre buscamos otros signos, otros prodigios, no nos damos cuenta de que el verdadero Signo es Él, Dios hecho carne: todo el amor de Dios contenido en un corazón humano.

—Quien entendió verdaderamente esta realidad es la Virgen María, bienaventurada porque creyó. María no se escandalizó de su Hijo: su asombro por Él está lleno de fe, lleno de amor y de alegría, al verlo tan humano y a la vez tan divino. Así pues, aprendamos de ella, nuestra Madre en la fe, a reconocer en la humanidad de Cristo la revelación perfecta de Dios.